

Inmigrantes

A poco que cada uno mire hacia atrás nos hemos de dar cuenta que, en el fondo, somos seres de identidad compleja en nuestros ancestros. Todos tenemos, más o menos, una conciencia mestiza. Esto es simplemente así mal que a algunos les pese y quizás falte ser consciente de ello, asumirlo. En cualquier lugar de la historia del mundo se han sucedido mezclas, influencias, idas, venidas, incluso desgraciados exterminios o casi. Todo ello ha ido cristalizando de diferentes formas, tantas como lugares y épocas y sea cual sea la dimensión que se le dé a estas palabras. Esta cristalización es siempre dinámica y afecta a las costumbres, las etnias, los lenguajes,... A veces ha sido un proceso tan traumático que prácticamente ha eliminado o ha relegado a un segundo plano la cultura, el idioma y hasta la etnia, de los pobladores “originales” (¿lo son?) de esta o aquella región. Además, en no pocas ocasiones han surgido culturas “nuevas” y diferenciadas. Y con este ritmo cambiante ha ido girando el mundo. Las causas son diversas y entre ellas están el clima, la expansión, las guerras, la supervivencia,.. y sobre todo la economía, y también ésta ha ido mutando. Puede ser que cunas de emigrantes se conviertan más tarde en lechos de acogida de inmigrantes. Y aquí estamos, en esta fase de recibir gente, nuevos pobladores que llegan, desde hace más de treinta años. Unos, la mayoría de los primeros, provenientes de las sociedades occidentales modernas, sin problemas económicos, al contrario, ofreciendo un mejor y más variado soporte a la isla. Éstos han seguido llegando en alguna cantidad con carácter permanente y en colosal cantidad con carácter temporal (turistas) y han alentado un gran cambio, por lo general bien tolerado, de costumbres, gustos... Otros llegan al socaire de la nueva situación, de ahí el gran crecimiento demográfico de la isla. De éstos, unos cuantos proceden de orígenes muy distantes, más si hablamos de nivel de vida, atraídos por un trabajo y un dinero, que nosotros calificamos muchas veces de precario y escaso pero que a ojos vista del nuevo inmigrante es una especie de panacea a la que se aferra. Y ahora palabras como racismo y xenofobia ocupan de repente un lugar en nuestras conversaciones, porque eso o algo parecido a eso se vislumbra en ciertas actitudes. Son las actitudes de los “yo no soy racista pero...”. Y es que ha surgido la reacción, el miedo ancestral a la diferencia (tanto física como económica).

Todas estas cuestiones están en la calle, muchos vocean quejosamente la presencia de estos recién llegados asociándolos a prácticamente toda la delincuencia y desde luego más a ésta que al trabajo que realizan, muchas veces a menor precio y en peores condiciones que lo estipulado y contratados, curiosamente, por esa misma ralea de gente quejosa. Por otro lado, los que mandan no tienen a quien obedecer. O yo me he perdido algo o no se ha producido un debate en el ámbito político local más allá de algunas acciones, unas voluntariosas y otras despreciables. Si exceptuamos unas propuestas más globales de ley de residencia -que a saber lo que esconden-, nada que se sepa en reuniones, asambleas, documentos programáticos, ni en el reciente proceso electoral, es decir, nada fuera de buscar “culpables”, pedir medios (algunos de ayuda, otros represivos) y de, obviamente y ahí estamos todos, de lamentarse por tanta víctima que se produce en el intento de arribar a nuestras costas en pateras. Parece que la losa que supone la dependencia electoral pesa demasiado si se adoptan determinadas posturas. Quizá sea comprensible, pero no debería anular y evitar el debate. Aunque no haya acuerdo. Algún día habrá que hacerlo, no es bueno ni saludable pasar por alto las cuestiones. Y los tabúes pertenecen a lo más hondo de nuestros ancestros.

Ángel Sáinz